

---

El todo es más que la suma  
de sus partes  
*Las novelas grandes* de Ramón  
Gómez de la Serna

Carolyn Richmond

*A Ioana Zlotescu*

El cincuentenario del fallecimiento de aquel extraordinario –y prolífico– poeta en prosa, inventor de la *greguería* y tragicómica personalidad del mundillo literario de su día que fue Ramón Gómez de la Serna, nos brinda, tanto a sus aficionados como a los especialistas, la oportunidad de reflexionar sobre la trascendencia de su singular visión de la literatura, así como –a aquellos que así lo deseen– la de volver a deplorar la «mala suerte» que a lo largo de los años ha sufrido su obra con respecto al canon literario. ¡Pobre Ramón! Un escritor tan importante: olvidado, ignorado, ¡ay!... Apenas estudiado en la universidad...

*La greguería, remedio contra la atención parcial*

En lugar de comenzar justificando –o si se quiere, reivindicando–, tanto en las partes como en el todo, la obra de Gómez de la Serna, me parece preferible abordarla desde un principio con la mayor objetividad posible. Además de ser el autor de ensayos de una originalidad asombrosa, así como de una obra de teatro vanguardista realmente singular, este inagotable manantial-de-metáforas que fue Ramón se destacó en dos géneros narrativos: la autobiografía, re-inventada por él en su fascinante, egocéntrica y a menudo abrumadora *Automoribundia*, y la ficción –el cuento, la novela corta y la que él denominaba como «grande». El título del presente ensayo, la célebre frase aristotélica «El todo es más que la suma de sus partes», anticipa ya alguna de mis propias ideas relativas a la extensísima obra de este escritor. Antes de pasar a ocuparme aquí de la novela grande, sobre todo a la luz del título del presente –y muy oportuno– coloquio, «Ramón (1888-1963). El futuro es ayer», quisiera hacer una observación, desde luego controvertible, acerca de aquel aparentemente inagotable *cosmos* creativo del autor, plasmado en la edición actual de sus *Obras completas* editada por Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores en ¡nada menos que veinte volúmenes impresos en papel biblia!... A saber: el hecho de que Gómez de la Serna optara con frecuencia por publicar sus greguerías en recopilaciones algunas veces temáticas, otras veces no, acaba por menoscabar, en mi opinión, al conjunto de su obra; en cambio, cuando aquellas se encuentran contextualizadas –integradas, como materia prima, dentro de una obra narrativa específica: por ejemplo, en una de sus *novelas grandes*–, el proceso mismo de la lectura del libro en cuestión resulta más fluido y coherente.

La segunda parte del título de este coloquio, «El futuro es ayer», deja entender que el presente siglo veintiuno –este *mundo* de

unos nuevos medios de comunicación donde reinan, al menos por ahora, lo breve, lo efímero y lo trivial— ha sido de algún modo *anunciado* en su día por el escritor «Ramón». No tengo duda de que si este último estuviese vivo en el día de hoy dispondría de múltiples cuentas en las redes sociales, enviaría a diario infinitos correos electrónicos y mensajes, y contaría con una página web de lo más audaz e innovador (son tan infinitas las posibilidades *virtuales* que la sola idea llega a asustar...). Pero no es esa la cuestión; tampoco constituye dicha hipótesis un pretexto para *rebajar* aquí la obra poética de Ramón Gómez de Serna al nivel de mediocridad que hoy en día caracteriza a gran parte de lo redactado en esta lengua conocida todavía por algunos como «la de Cervantes»... En cualquier caso, no cabe duda de que lo breve se ha puesto hoy de moda: lo breve, transmitido —cuando sea posible— con una chispa, si no de humor, al menos de ironía. De ahí, la popularidad de que goza el aforismo, así como de un *género* literario, de reciente confección, denominado *microrrelato*... «Mucho Facebook, ¿poca concentración?» fue el título de un artículo de fondo, aparecido en *El País* del 11 de noviembre de 2013, dedicado a un «nuevo fenómeno: la atención parcial continua». «Los jóvenes siguen leyendo —reza el subtítulo— en pantalla y en papel, pero les cuesta más ver cine». (O leer una novela *de verdad*, añadiría yo...)

No vengo aquí (*troppo tardi*...) a lamentar el declive de la civilización occidental como la hemos conocido, sino más bien a tratar de poner en cierta perspectiva esa idea de que ha llegado, ¡por fin!, el *momento* de Ramón. Lo siento, sobre todo como la gran admiradora de su obra que soy, pero no creo que exista ninguna posibilidad de que a estas alturas, y dada la situación sumamente empobrecida del ambiente cultural, toda una generación de jóvenes lectores descubra repentinamente una nueva fuente de inspiración en la originalísima —y, por desgracia suya, cuantiosísima— obra de Ramón Gómez de la Serna... Al negarme, pues, tajantemente a

*tildarle* de autor al que le ha llegado *la hora*, me limitaré aquí a volver a celebrarle, no sólo como inventor de la *greguería*, esencia estilística de su óptica personal, sino también, y sobre todo, como el autor de una obra narrativa brillante y original, cuyas huellas se dejarían ver en toda la literatura seria en lengua castellana del pasado siglo veinte.

### *Desde los árboles al bosque; de las greguerías a la narrativa*

Que, además de ser «genial», fuese un genio Ramón, resulta más que evidente. La *genialidad* tiene, desde luego, tanto sus pros como sus contras, y la «abundancia de las cosas –nos recuerda Cervantes al final del prólogo a la segunda parte del *Quijote*–, aunque sean buenas, hace que no se estimen...». En sus páginas más *abundantes*, más rebosantes de *greguerías*, ese caballo desbocado de la literatura española que fue Ramón lleva al lector al borde de una especie de precipicio: a un estado de agotamiento cerebral producido por tanta abundancia sin fin; *refrenado*, en cambio –*autodominado, adiestrado y moldeado* de cierta manera a los contornos más o menos reconocibles de algún género narrativo–, el potro salvaje se convierte en un caballo de alta escuela, capaz de asombrar al más exigente, y displicente, público lector. A juicio mío –repito–, la originalidad más perdurable de Gómez de la Serna en cuanto creador consistió, no exclusivamente en la invención de la *greguería* per se, sino también –de modo significativo– en su utilización como materia prima para una re-creación poética que daría lugar a una obra de invención originalísima y estilísticamente novedosa. Cuando, siguiendo la óptica orteguiana, enfoca el lector, no ya aquellos metafóricos *árboles* individuales (las *greguerías*) que, dentro de otros contextos literarios, impiden ver una obra en su totalidad, sino los numerosos *bosques* (o, si se quiere, *matorrales*)

literarios compuestos por novelas de toda extensión –*grandes*, cortas y hasta *falsas*–, la satisfacción estética que en su capacidad de receptor obtiene resulta ser más duradera, e inmensamente superior.

Que no se vea, pues, en estas palabras mías –las últimas que, por razones de índole personal, pienso dedicar a este escritor de escritores, valorado y celebrado especialmente por *poetas-profesores* de la generación del 27 como Luis Cernuda, Gerardo Diego, Pedro Salinas o el propio Francisco Ayala (a quien debo mi descubrimiento de *La Quinta de Palmyra* [ver mi edición de esta novela en Selecciones Austral, Espasa-Calpe, 1982])–, que no se vea en estas palabras, digo, una *reivindicación* de la figura de Gómez de la Serna, ni de su obra narrativa. No cabe duda de que, desde un punto de vista artístico/humano, tenía el histriónico Ramón algo de autodestructivo: mal casa el papel del payaso, *enfant terrible* o gacetillero con el del auténtico escritor –un escritor, no ya para las masas (a quienes, dicho sea de paso, en sus actuaciones en público solía apelar), sino para lectores serios y bien formados. Tenía el derecho de vivir su vida como quisiese, claro está. En cuanto a la posteridad, junto con la influencia estilística de la greguería, pienso que lo que de su obra va a perdurar es el gran conjunto –o *bosque literario*– de su narrativa, dentro de la cual, insisto, tienen un interés muy especial aquellas invenciones, gran parte de ellas de la década de 1920, que son sus *novelas grandes*.

### *Leer, tal vez soñar... El proceso ¿placentero? de la (re)creación*

La novela ramoniana no es de lectura fácil; al contrario, es el suyo un arte decididamente minoritario. Tanto su prosa vanguardista, rebosante de greguerías, como su modo abierto, libre –y a veces bastante desconcertante– de permitir que, como una especie

de ser viviente, vaya evolucionando, casi por sí sola, una *historia* hasta que llegue –según también ocurre en la vida humana– a un punto que se pueda considerar *final*: todo esto, digo, le exige al lector paciencia... y muchísima concentración. Según sucede en el caso de la poesía, la lectura de una novela de Gómez de la Serna, si bien estéticamente sumamente satisfactorio, resulta ser un proceso lento donde –como pasa cuando se escucha una pieza musical, o bien se disfruta plenamente de cualquier experiencia artística y sensorial–, al recrearla para sí, llega a conferirle una vida nueva el propio receptor.

¿Vale la pena tal esfuerzo? Creo que sí, aunque, por temperamento, no siempre fue capaz el mismísimo autor de cumplir lo que a sí mismo se proponía, según queda demostrado no sólo en las inquietudes y vaivenes de su vida personal sino también en las de sus propios personajes ficticios –todos ellos, dicho sea de paso, psicológicamente planos–, siendo un buenísimo ejemplo el protagonista-escritor –especie de alter ego, o doble, del autor de carne y hueso– de *El novelista*. Inquietas resultan ser muchas de las figuras (sobre todo las masculinas) que pueblan las páginas de las novelas ramonianas: inquietas, insatisfechas, desorientadas, egoístas, solas y –cabe insistir en ello– a veces (como, por ejemplo, en el caso de *El secreto del acueducto* [1922]), sórdidas, también. Si bien el reflejo humano que ofrece la novelística de Gómez de la Serna no suele agradar, afortunadamente –para el lector– en los detalles anda no sólo el Diablo sino también –y en grado sumo– la Belleza en todo su esplendor: sobre todo en los detalles circunstanciales que, re-creados y transformados por medio de un sinfín de greguerías, rodean y rehúyen, protegen y provocan, complementan y compiten con los cosificados personajes adaptados –a veces, sí, y otras no– a la *realidad*, sea cual sea, en que les ha tocado actuar. El *placer* asociado con el proceso de lectura de las novelas de este autor es, por lo tanto, una especie de arma de doble filo –de ahí los

puntos de interrogación antes y después de la palabra «placentero» en el subtítulo del presente apartado.

Lo cierto es que, como gran parte de los personajes de estas novelas, nosotros, los lectores, somos unos *voyeurs* que los *miramos*, vicariamente, por medio de la imaginación: leer, tal vez soñar. Soñar, saborear... Y todo ello en espacios (re)creados a su vez por aquel prestidigitador de la palabra que fue el *novelista* Ramón.

### *Cuatro novelas donde perderse; una para reflexionar*

Ramón Gómez de la Serna fue un escritor sumamente consciente de su arte; prueba de ello son las *Seis falsas novelas* (1927), el ensayo «Novelismo» (1931), declaraciones suyas sobre el tema a lo largo de las páginas de *Automoribundia* (1948) así como –para lo que aquí nos atañe– aquel (antes aludido) *ars poetica* en forma de *novela* titulado, oportunamente, *El novelista* (1923). En cada uno de ellos queda claro que para el autor, a su vez lector activo de su propia obra de invención, tanto la escritura como la lectura –la creación como la re-creación– constituyen en sí un proceso vital esencialmente libre y abierto; de ahí la importancia en su arte narrativa de la búsqueda, acción por su propia naturaleza abierta e inconclusa. En el subtítulo de un artículo mío, «La debatida novelística de Gómez de la Serna», aparecido en *Revista de Occidente* en enero de 1988, conmemorando el centenario del nacimiento del escritor, cito unas palabras tomadas de «Novelismo» donde, en defensa de la novela *libre*, que permite tanto a su creador como luego al lector «explorar “lo increado”, lo vivido y también lo no vivido», proclama Ramón que en sus novelas «vamos –repárese en el plural, pues se trata tanto del creador como de su público lector– a las afueras más respirables de vivir» [cursivas mías]. Casi una década después, en 1997, examino éste y otros

aspectos de lo que a mi parecer resulta ser lo más perdurable, y valioso, de la extensísima producción literaria del autor en mi prólogo al volumen X de las *Obras completas*, titulado «El "novelista" Ramón y sus "novelas grandes"», al que remito al lector interesado. Por lo pronto quisiera concluir este breve comentario con unas observaciones acerca de las cinco *novelas grandes* reproducidas en dicho tomo, y con ello explicar la razón por la que tan altamente las valoro.

En primer lugar, la más singular de todas: *El novelista*, «novela en clave», «aventura literaria» y puzzle poético de lectura nada fácil que en todo momento le exige al receptor, tanto ficticio como real, una colaboración activa. Esta metanovela, con ecos literarios que van desde Cervantes hasta Pirandello y Unamuno, demuestra claramente que el novelista Ramón fue también un gran –e inteligente– lector... así como –cabe recordar– un escritor muy de su época (piénsese, sin ir más lejos, en Marcel Proust o en James Joyce). En el caso de esta interesantísima novela, así como de las demás de dicho tomo de las *Obras completas*, sólo me cabe volver a lamentar que, tanto la inmensa cantidad de publicaciones suyas de índole diversa aparecidas en aquella época, como el hecho de que se dedicase Ramón a hacer el gracioso (por así decirlo) en público, acabarían por restar importancia a estas y otras ficciones suyas.

La segunda novela, elegida por la directora de las *Obras completas*, Ioana Zlotescu, para dar título al volumen en cuestión, «*Cinelandia*» y *otras novelas (1923-1928)*, es, como *El novelista*, del año 1923. En el subtítulo del apartado dedicado a esa originalísima obra la describo como una «Proyección de lo falso» –recuérdese el interés demostrado por Ramón en lo *falso* en cuanto recurso literario. Si bien el contenido de la otra novela había estado ambientado en lugares geográficos conocidos personalmente por nuestro autor –viajero, dicho sea de paso, empedernido e inquieto–, la acción de *Cinelandia* está ubicada en espacios, tanto interiores como exterior-

res, cuyo conocimiento le había llegado al autor por vía indirecta, bien sea a través de revistas o de literatura popular, bien sea a través de la pantalla. Se trata, claro está, del mundo –especie de Hollywood ficcionalizado– relacionado con la producción del llamado *séptimo arte*: el del cine mudo, que en aquellos años hacía furor. Con sus mini historias –estructura novelística que, por una parte se parece en cierto modo a la de *El novelista*, y que, por otra, recuerda el formato episódico tan de moda en ciertos medios de comunicación de aquel entonces–, la composición/montaje de esta obra fascinante refleja también la técnica misma del arte cinematográfico, con lo que resulta ser, a su vez, «una especie de película en palabras».

Del mismo año que las anteriores, la tercera novela, *La Quinta de Palmyra*, ha llegado a considerarse, para muchos, la obra poéticamente más lograda de Gómez de la Serna, quien se inspirara directamente para redactarla en su propia estancia anterior en «El Ventanal», chalet que se había mandado construir en Estoril. «El paraíso sin Adán», la denomino, y creo que con razón. La mujer, identificada aquí con la belleza de su paradisíaco entorno, es quien permanece; el hombre –viajero–, viene siempre de visita, y después se va. Inquietud frente a tranquilidad, exterior frente a interior, actividad frente a pasividad, luz frente a penumbra... Invita la novela a múltiples niveles de lectura que se extienden desde lo puramente lírico hasta lo freudiano. A fin de cuentas, no sólo las vivencias de su autor, sino también sus heterogéneas lecturas se ven reflejadas en este hermoso libro. Es, pues, un canto, no ya –según reza el título de un ensayo suyo posterior– a «Las cosas y el ello» (1934), sino a las cosas y el *ella*: al eterno femenino según el inquieto, si bien huidizo, creador varón.

En la siguiente novela reproducida en este volumen de *Obras completas* alcanza nuestro autor un apogeo de otro tipo. *El torero Caracbo* (1926) fue, para mí, una sorpresa tan inesperada como

grata. Yo no soy taurina, y por ello, quizá, me las había arreglado para esquivarla. En retrospectiva, tal vez fuese mejor haber postergado todo lo posible su lectura... para poder gozar aún más del placer inesperado que, cuando la leí por fin, me llegó a producir: un placer –se me ocurre– acaso de índole emocional parecida al que muy raras veces llega a experimentar un aficionado a los toros al presenciar una de esas faenas que lleva esperando una vida entera. «Transformaciones y apoteosis» reza el subtítulo de mi comentario, y es así: junto con el narrador de la novela, el lector va re-creando un universo histórico-mitológico, de mortales e inmortales, que no puede tener sino un final apoteósico. A diferencia de la novela anterior, en ésta domina la presencia del hombre: un héroe disfrazado de torero cuya vida –Gómez de la Serna se dedicaría poco después (y a su modo) al género biográfico– está narrada con una impresionante plasticidad. La va viendo el lector como si fuese una película. Como experiencia poética, es realmente única.

Me queda finalmente por glosar *La mujer de ámbar* (1927), hermosísima novela de «santas y sirenas», y ambiente napolitano, donde, aún más que en *El torero Caracho*, está reflejado un momento decisivo en el arte novelístico del autor: decisivo desde una perspectiva tanto personal como de época. Habiendo disminuido hasta cierto punto la influencia de los movimientos vanguardistas, amenaza ya en España, y en Europa, un futuro menos alegre y optimista, y desde luego más sombrío. Y la muerte, en la novela anterior aún sacrificial, resulta ser en esta predestinada, inevitable. Como algunos años antes en *La Quinta de Palmyra*, mujer y hombre se reúnen aquí, pero con consecuencias distintas. Es una fábula muy bella, dominada por un intenso e inquietante ambiente napolitano que se apodera de la acción, operísticamente melodramática y finalmente trágica, protagonizada –según suele ocurrir en la novela de Ramón– por personajes simbólicos. Su verdadero protago-

nista –no cabe duda– es, una vez más, el entorno mismo: la atemporal, a la vez que contemporánea, ciudad de Nápoles.

Yo, también, me he permitido aquí *perderme* en una glosa, hasta cierto punto personal, de cinco *novelas grandes* de Ramón Gómez de la Serna que son, a juicio mío, auténticas obras maestras de la narrativa en lengua española del siglo XX. A estas alturas considero –como dije– cerrado ya el capítulo de mi vida como estudiosa de la obra de este importantísimo escritor; por lo tanto, quisiera que este canto de cisne mío sirva de homenaje a quien en décadas recientes ha hecho más que nadie en pro de la obra de este gran autor: a la dedicadísima, y muy admirada, hispanista, de origen rumano, Ioana Zlotescu Simatu.

C. R.

---

Texto basado en la conferencia de clausura del coloquio «Ramón (1888-1963). El futuro es ayer» que, dirigido por Ioana Zlotescu, se celebró el año 2013 en la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón y la Casa del Lector.



---

## SUMARIO

<i>Sobre lo irracional. A través de las teorías literarias.</i> <b>Danilo Kiš</b>	5
<i>Danilo Kiš en España, 1964. Imágenes de un viaje.</i> <b>Mirjana Miočinović</b>	23
<i>Una carta inédita de Julio Cortázar a Roger Caillois.</i> <b>Jérôme Dulou</b>	33
<i>Variaciones sobre la diferencia. Jorge Edwards</i> <i>Culturómica. Pedro R. García Barreno</i>	49
<i>El todo es más que la suma de sus partes. Las novelas</i> <i>grandes de Ramón Gómez de la Serna.</i> <b>Carolyn Richmond</b>	55
<i>Federico García Lorca y el Atleti de Madrid. Esa hermosa</i> <i>conexión. José Antonio Martín Otín</i>	66
<i>In vitro et in vivo. Arte neobarroco berlinés 2015.</i> <b>Marius Christian Bomholt</b>	77
<b>■ ENTREVISTA</b> <i>Byun-Chul Han: «Nos sentimos libres mientras nos</i> <i>explotamos a nosotros mismos». Alfonso Armada</i>	89
<b>■ NOTA</b> <i>Reflexiones sobre el sistema educativo español.</i> <b>Fundación Ramón Areces</b>	105
<b>■ CREACIÓN LITERARIA</b> <i>Poemas inéditos. Miguel Ángel Muñoz Sanjuán</i>	115
<b>■ CINE</b> <i>Sin flouras. Iván Cerdán Bermúdez</i>	119
<b>■ LIBROS</b> <i>Una mirada atenta sobre nuestra historia reciente.</i> <b>Eduardo González Calleja</b>	130
<i>El poder jamás está vacante. Carlos Navarro González</i>	135
<i>Una nueva disciplina. Francisco González de Posada</i>	145
<i>En torno a la espiral. Juan Ángel Juristo</i>	148
	152



# Revista de Occidente



LO IRRACIONAL  
DANILO KIŠ

VARIACIONES SOBRE LA DIFERENCIA  
JORGE EDWARDS

*IN VITRO ET IN VIVO*

EL NEOBARROCO BERLINÉS 2015  
MARIUS CHRISTIAN BOMHOLT

ENTREVISTA A BYUN-CHUL HAN  
ALFONSO ARMADA

Viñeta: NADJA SCHÖLLHAMMER

